

TRIBUNA ABIERTA

EL HUMOR DE FRANCISCO

POR ÁLVARO DE DIEGO

«Las improvisaciones de Francisco, el constante azoramiento a sus escoltas o el énfasis en el saludo a la representación del club de fútbol del que es socio elevan las anécdotas a categoría»

La noche del 13 de marzo pasado un nuevo Papa se asomaba al balcón de la Basílica de San Pedro. Aparecía con timidez, aparentemente cohibido. Al instante se demostró que no lo suficiente para evitar un rasgo jovial, el primero de muchos. A la ya célebre alusión a que sus «hermanos cardenales» parecían haber acudido en su busca «casi al fin del mundo» siguió, en la posterior cena en Santa Marta, esa cachazuda y afectuosa reprimenda: «Que Dios os perdone por haberme elegido». Las improvisaciones de Francisco, su perenne sonrisa, el constante azoramiento a sus escoltas o el jocoso énfasis en el saludo a la representación del club de fútbol del que es socio («eso es muy importante») permiten elevar las anécdotas a categoría. El sentido del humor no resulta accidental en su personalidad. Sugiere una expresión de lo que Goethe entendía como idea de la existencia, esto es, esa forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y cada palabra.

El año próximo se cumplirá medio siglo de la desaparición de Wenceslao Fernández Flórez, insigne cronista parlamentario de ABC y uno de nuestros mejores humoristas. No por casualidad su discurso de ingreso en la Real Academia versó sobre «El humor en la literatura española»: todo un manifiesto si se tiene en cuenta que lo pronunció en mayo de 1945, cuando Foxá resumía la victoria aliada con la «Menuda patada [que] le van a dar a Franco en nuestro culo».

Sea como fuere, Fernández Flórez consideraba el humor «una posición ante la vida», que puede no ser solemne, pero es totalmente seria. A su juicio, en la burla existen matices, «como en el arco iris». Frente al más sombrío sarcasmo, «cuya risa es amarga y sale entre los dientes apretados», y la ironía, que dispone «un ojo en serio y otro en guiños, mientras espolea el enjambre de sus avispa de oro», el humor adopta el tono más suave. Siempre se muestra un poco bondadoso y paternal. Esquiva tanto la acritud, «porque comprende», como la crueldad, «porque uno de sus componentes es la ternura». «Y si no es tierno ni es comprensivo», sentenciaba el escritor, «no es humor».

En este sentido puede interpretarse la homilía del Papa en San Juan de Letrán centrada en «la ternura de Dios». Poco tiene que ver esto con la «idea tajante, estremecida y escueta» del Todopoderoso que Fernández Flórez atribuía a un pueblo presuntamente carente de humor. El castellano, según el autor de *El bosque animado*, resulta, por tanto, «fuerte, seco, rígido, enamorado de las abstracciones».

Por el contrario, la templada Inglaterra resultaba para don Wenceslao un semillero de humoristas. De hecho, alumbró al católico Gilbert K. Chesterton, tan avaramente manoseado como poco comprendido por estos pagos. Su ensayo *Ortodoxia*, en absoluto rigorista, poco puede complacer a quienes en realidad son secretos detractores de la vida. Chesterton defiende así la cruz como «símbolo tanto del misterio como de la salud», pues hasta la humildad es motivo de alegría y disfrute: «deberíamos agradecerle a Dios la cerveza y el borgoña no tomando demasiado de ninguna de las dos». Ese cristianismo «centrífugo», que «se escapa hacia afuera», es lo contrario de la Iglesia «autorreferencial» que preocupa al obispo de Roma.

Este enfoque risueño atraviesa la biografía que Chesterton firmó sobre el santo del que el Pontífice ha tomado su nombre. Según el ensayista, San Francisco no concibe la religión como una teoría, sino como una historia de amor que da sentido a lo que, desde fuera, asemeja excentricidad. El de Asís conserva del trovador que fue el entusiasmo, una vehemencia que hace de su vida «un admirable despliegue de votos irreflexivos, de promesas precipitadas que salen bien». Cada vez que da un



salto en el vacío, cae de pie, como cuando abre al azar tres veces el Evangelio en busca de gufa.

Al calor de esa luz la detención que sufre por parte de su propio padre, mercader al que sustrae unas telas para su caritativa venta, trasciende el chusco episodio. También explica su acercamiento a las periferias de la cordura. San Francisco se dirige a los pajarillos con exquisita delicadeza y amansa al ferocísimo lobo, que morirá de viejo entre la congoja de los vecinos de Gubbio. El juglar de Dios, como hoy el Papa jesuita, lanza estocadas al corazón cuando parece que baja la guardia. Es un hombre feliz porque, de acuerdo con esa historia de amor, se siente protagonista de una deuda infinita. Al fin y al cabo ha comprendido, y son palabras de Chesterton, que «la alegría, que fue la pequeña publicidad del pagano, es el gigantesco secreto del cristiano».

ÁLVARO DE DIEGO ES DIRECTOR DEL DPTO DE PERIODISMO, Hª Y HUMANIDADES DE LA UNIVERSIDAD A DISTANCIA DE MADRID (UDIMA)

A LOS CUATRO VIENTOS

Google debe aclarar las dudas

Las dudas planteadas por una comisión del Parlamento británico sobre la ingeniería fiscal de la que podría haberse servido Google para no pagar al fisco del Reino Unido lo que realmente le correspondía, deben ser aclaradas inmediatamente por la multinacional estadounidense. Haber apartado la moral para dejar paso a un ansia infinita de beneficios nos ha llevado a la peor crisis que se conoce desde la Segunda Guerra Mundial. Ética y empresa son posibles, y muy deseables.

CARTAS AL DIRECTOR

«Clonación terapéutica»

Parece que se ha llevado a cabo la primera clonación de un hombre en la Universidad de Oregón. Enseguida se ha apostrofado dicha clonación como «terapéutica», porque «suena mejor» decir que se clona para curar a otras personas que hacerlo para obtener individuos genéticamente idénticos (clonación reproductiva). En la clonación reproductiva se «fabrica» un individuo genéticamente igual al adulto que aporta su información, utilizando un óvulo sin núcleo. Y después se implanta el embrión en el útero de una mujer para que termine su desarrollo y nazca. En la clonación terapéutica se empieza igual, pero después se destruye el embrión para utilizar algunas células del mismo y curar a otra persona. Imaginemos una mujer que ya tiene un hijo, pero que está tan «enamorada» de su marido que lo anima a clonarse (implantándole a ella el embrión obtenido): así su hijo tendría un «hermanito» tan maravilloso como papá... ¡Aberrante!, ¿verdad? Sería un caso de clonación reproductiva. Imaginemos que no: que el hijo que tienen presenta una problema cardíaco gravísimo. Y la mamá decide clonar al niño y dejar que el «hermanito» nazca y crezca para extraerle después el corazón y el pulmón y salvar así la vida de su primer hijo... ¡Más aberrante aún!, ¿verdad? Pues sería un caso de clonación «terapéutica». Gracias a Dios, las técnicas con células madre de tejido adulto siguen dando resultados cada vez más positivos: no hay problemas de